

1847 muy aguerrida. Enemiga encarnizada de los Güitotos (otra tribu vecina y no menos poderosa), es ley entre ellos comer á todo aquel que cae prisionero, y al revés. Los cráneos de los que fueron víctimas de sus rivalidades y venganzas penden descarnados de unos bejucos atados á las puertas de sus chozas. Quizás no pasará mucho tiempo sin que la Nueva Granada mire en estos antropófagos modelos de las virtudes cristianas y nuevos súbditos, sumisos y obedientes á las leyes de la patria. Yo estoy resuelto á ir allá, cuando me sea posible y haya arreglado las cristiandades ó pueblos de que he hablado en esta relación. ¡Quién sabe si Dios exigirá el sacrificio de mi vida y el que riegue con mi sangre el territorio de los Mesayas y Güitotos como una condición necesaria, de cuya verificación quiere dependa la conversión de esos infieles? *si posuerit animam suam, videbit semen longævum.* Si así fuere, ¡oh, Dios mío! recibid desde este momento el sacrificio que de ella os hago. Lluevan sobre mi cuerpo los dardos y las flechas envenenadas; mil lanzas agudas lo atraviesen de parte á parte, y los tigres y leones se ceban en él y lo despedacen, con tal que se conviertan y entren en el redil del buen Pastor, tantos millares de idólatras: *ignis, crux, bestie, confractio ossium, membrorum divisio, et totius corporis contritio, et tota tormenta diaboli in me veniant.* Añadid, Señor, esta gracia á tantas otras que sin merecerlas me habeis otorgado. Os la pido por los méritos de la Santísima Virgen, Reina de los Mártires; por los de tantos centenares de jesuitas mártires que sellaron su apostólico celo con la efusión de su sangre en el Japón, en la China, en la Florida, en el Brasil, en el Orinoco, en el Maraón, en el Napo y en otros puntos del globo. A esos poderosos mediadores añado también el gran Javier, ese siervo y amigo vuestro, en quien pusisteis vuestras complacencias y de quien os servisteis para daros á conocer en el Oriente á millones

de idólatras, que yacían sepultados en las tinieblas de la superstición. Finalmente, os pido ese favor por los méritos de las Santas y Santos protectores de todas y de cada una de las ciudades de la Nueva Granada. De ese modo se verificará también en mi lo que Vos dijisteis hablando de vuestra futura Pasión y muerte. *Si ego exaltatus fuero à terra, omnia traham ad me ipsum.* Amén, Amén.

Llegué sin novedad á Mocoa para dar principio á la Santa Cuaresma y prepararme, por medio del recogimiento, á la celebración de los augustos misterios, cuya memoria nos recuerda nuestra Santa Religión en este tiempo. Lloremos, pues, con Jesus; trabajemos con Jesus; suframos con Jesus y reinaremos en el cielo con Jesus, según aquellas palabras del mismo Salvador: *Vos estis qui permansistis mecum in tentationibus meis; et ego dispono vobis regnum.*

De V. R. su más humilde hijo en J. C.º—José S. Laynez, de la C. de J.

4)—De vuelta de la expedición pensaba el P. Lainez en otra mayor, como lo dice él mismo; mas se encontraba sin recursos y necesitado de muchos utensilios indispensables para emprenderla. Aquel Gobierno, de buena voluntad acaso, pero ajeno á todo conocimiento y experiencia en esos asuntos de misiones, y en realidad muy poco generoso para disponer de bienes, que en ninguna manera le pertenecían, los bienes de los conventos suprimidos, quería que un misionero en tierras de salvajes pudiera atender á sus propias necesidades personales y á las mayores que llevan consigo las de su misión con 240 pesos anuales: confundía sin duda á un misionero apostólico con un escribiente de oficina, á quien no suele subvencionarse con menor cantidad. Para arreglar este negocio y proveerse de todo lo necesario para continuar la grandiosa obra comenzada, determinó salir á Popayan, y

4.—El Padre Lainez y sus neófitos en Popayan.

1847 lo verificó hacia fines de Marzo. Quiso llevar consigo algunos de sus indios para que, siendo testigos del cariñoso recibimiento que tendrían de parte de aquella religiosa ciudad, y especialmente del Ilmo. Sr. Obispo y de los PP. de la Compañía, refiriesen y esparciesen por aquellas regiones incultas lo que hubiesen visto, y sirviese de atractivo para abrazar la ley santa que se les enseñaba. Fué un espectáculo nuevo y de sumo consuelo la entrada del P. Lainez y sus neófitos: venían estos engalanados con sus mejores arreos tejidos de finísimas plumas de muy vivos y variados colores, con sus collares y pulseras de avalorios ó de dientes de monos y otros animales, y con sus arcos y flechas. El Misionero también sobre la sotana de la Compañía, llevaba las insignias de Curaca ó Gran Cacique, que venía á ser como una corona formada de muy vistoso plumaje. Presentáronse en esta forma al Ilustrísimo Sr. Obispo, y el venerable anciano al verlos y al oír al P. Lainez que le dirigía aquellas palabras de Isaías, *Omnes isti congregati sunt, venerunt tibi: filii de longe venient etc.*, no pudo contener las lágrimas: estrechó entre sus brazos al Misionero y cada uno de aquellos nuevos cristianos que le presentaba como primicias de su apostolado y no se hartaba de verlos y de oír la relación que le hacía del estado de aquella gentilidad y de las grandes esperanzas que abrigaba de reducirla en breve al rebaño de Jesucristo. En el Noviciado pareció renovarse el fervor y todos envidiaban al P. Lainez: quisieran ya volar á aquellas regiones que tan vivamente les pintaba, á arrostrar animosos todos aquellos trabajos y peligros, á llevar á cabo tan gloriosa conquista. Los seglares por su parte se esmeraban en regalar á los indios, haciéndoles palpar con sus obras la caridad cristiana.

Deseaba el P. Lainez regresar á su misión cuanto antes pudiera, apenas despachados los negocios que le habían traído; pero sabedor el Gobierno de su viaje,

1847 le adelantó un oficio fechado en 26 de Febrero en que le ordenaba llegar á la capital, para oír informes verbales y combinar un plan de reducción que hubiera de seguirse constantemente. Cuanto pudiera adelantarse con el consejo de personas tan poco entendidas en aquella materia como eran las del Gobierno, no se veía, pero sí el trabajo ímprobo de un viaje penoso desde Popayan á Bogotá, que no suele hacerse en menos de 25 ó 30 días, y el consiguiente retraso de la vuelta del misionero á la continuación de sus tareas; sin embargo fué necesario obedecer, y creemos que no dejó de producir algún buen resultado. Cuando comenzaron á esparcirse por la capital las noticias de las expediciones del P. Lainez y de su próxima llegada, era la época de reunión de las cámaras, y no sabemos que esta vez se haya tocado para nada la cuestión Jesuitas, ni encontramos más documento relativo á este asunto que una larga y bien razonada exposición de la Provincia de Antioquia, firmada por 1.225 de sus más notables ciudadanos, en que aludiendo á los proyectos de expulsión del año anterior, les hacen ver á los HH. Diputados lo anticonstitucional de su modo de proceder en este punto, y lo atentatorio de semejante proyecto á las libertades republicanas. Se vieron, pues, precisados á callar nuestros enemigos en atención á las circunstancias que en esta ocasión, aún más que en las pasadas, les eran muy poco favorables.

Cuidaba el P. Lainez de sus neófitos con esmero verdaderamente paternal, y temeroso de que el cambio de clima y alimentación les fuera á causar alguna enfermedad y se perdiera el buen resultado que pretendía en traerlos consigo, determinó enviarlos á Mocoa muy regalados y bien recomendados á las personas amigas de aquel largo trayecto, y así asegurados, se puso en marcha para Bogotá, á donde llegó felizmente y fué recibido con extraordinario entusiasmo.

1847 Apenas tomó las riendas del gobierno de la misión el P. Visitador, se le comenzaron á ofrecer ocasiones de conocer prácticamente la situación de la Compañía en la Nueva Granada. Por un lado ve que el dignísimo Arzobispo tiene que tomar la pluma para defenderse por sí mismo de las calumnias del periódico «Libertad y Orden», el cual le imputa falsamente que distrae las rentas del Seminario y de varias congregaciones en favor de los Jesuitas. Por otro ve al Presidente alardeando de piadoso, asistiendo á la función de las tres horas del Viernes Santo que predicó el mismo P. Gil; pero esto no obsta para mostrar cierta desconfianza queriéndose informar oficialmente del estado del Noviciado, del número de novicios, de la instrucción y educación que reciben, etc. (\*) cosa que ni ocurre al Arzobispo ó al Obispo de Popayan á quienes de algún modo pudiera competer. De Medellín sabe que los «Amigos del País» no descansan en su tarea de atacar á los Jesuitas; pero por otra parte recibe la brillante exposición al Congreso, de que arriba hicimos mérito; recibe también un memorial firmado por el Párroco y autoridades de la Villa de Copacavana, ofreciendo casa y renta suficiente para un Colegio, ó para que se traslade el de Medellín que aún carece de ella. Siempre los dos elementos en lucha; mas como el elemento sano prevalece en las regiones de la política, á pesar de sus principios nada ajenos de liberalismo, se goza de alguna paz y se puede trabajar.

5.—Enfermedad y muerte del Padre Torroella.

5)—Parece que Dios sólo esperaba que el P. Gil se acabara de enterar de los negocios de la Misión, para llevar al descanso eterno al que con tantos trabajos y contradicciones había logrado sostenerla en aquellos tres años, y elevarla á la altura en que se encontraba. No se había aún concluido la visita de aquella casa, cuando el P. Torroella comenzó á sentir una

(\*) Of. de 23 de Abril.

indisposición, á la cual, como suele suceder, no se le dió importancia en un principio, mas cuando llegaron á comprender su gravedad, no pudieron ya los facultativos detener su curso. Una fiebre maligna le tuvo veinte días postrado, hasta que el 17 de Mayo descansó en el ósculo del Señor, asistido en sus últimos momentos por Mons. Savo, justo estimador de sus virtudes, por el R. P. Visitador y todos sus súbditos. Reanudándose la antigua costumbre, se hicieron cargo de los funerales los PP. Agustinos, con asistencia de las demás órdenes religiosas, de todo lo más distinguido del clero y la aristocracia y de un concurso innumerable del pueblo, significando de esta manera el aprecio de que gozaba en aquella sociedad.

6)—Veinte y cuatro años vivió el P. Pablo Torroella en la Compañía, mas en tales tiempos que bien podemos decir que compendió en pocos años grandes merecimientos. Había nacido el año de 1 en Garriguella, pequeña población de la Provincia de Gerona, el día 10 de Septiembre. Inclinado á los estudios por cierto impulso interior, aunque el Profesor le desechara sin duda por verle ya bastante crecido, alcanzó por fin ser admitido á fuerza de constantes y reiteradas súplicas. En breve tiempo aprendió la lengua latina, la retórica y dos cursos de Filosofía desarrollando brillante ingenio y aventajándose mucho á sus compañeros, y con estas recomendaciones creyó tener ya algún título para pretender la Compañía. Fué admitido en ella en Madrid á los 15 de Mayo de 1824. Desde el segundo año de noviciado fué profesor de Retórica de sus connovicios, y hechos los primeros votos continuó en el mismo destino hasta que fué enviado á estudiar la Teología en el Colegio Imperial. La escasez de sujetos y el mucho trabajo obligaba entonces á suspender los estudios de Teología á los dos años para poder aplicar al ejercicio de algún ministerio á los más aptos, y así el Hermano

6.—Elogio del Padre Torroella.

1847 Torroella, cuyo ingenio profundo para los estudios serios que parecía abarcar de una sola mirada las cuestiones más difíciles, no era menos apto para otros ramos menos intrincados, como lo mostró aprendiendo magistralmente el Griego, por vía de descanso; ordenado de Diácono fué enviado al Colegio de Alcalá para enseñar la Retórica á los jóvenes Jesuitas que allí se formaban. Y aquí se nos presenta un caso que por lo desusado causará extrañeza, pero manifiesta el concepto que se tenía del jóven profesor. Había de ausentarse por algún tiempo el Rector de Alcalá para acompañar al R. P. Provincial, y aunque no faltaban en aquella casa sacerdotes, el H. Torroella fué el destinado para sustituirle en el gobierno durante su ausencia. Ordenado ya de sacerdote volvió á Madrid con el oficio de ministro. Era el año de 30 cuando una nueva revolución volcó otra vez el trono de los Borbones en Francia y entró á gobernar Luis Felipe I. Los Jesuitas franceses dispersos ó desterrados buscaron un asilo en España especialmente para sus jóvenes, y con esta ocasión se aumentó considerablemente el Teologado y Filosofado del Colegio imperial de Madrid. Qué Providencia de Dios, y qué condición tan triste la de los gobiernos y sociedades modernas influenciadas por el liberalismo! El hospedaje y fraternal acogida que tuvieron los franceses en España, hubo de ser correspondida 5 años más tarde abriendo á los Españoles perseguidos, vejados y maltratados, las puertas de sus casas y los senos de su inagotable caridad! Esta ocasión sirvió para acabar de conocer las cualidades de gobierno que adornaban al P. Torroella, porque como profesor de Teología fomentaba la emulación y el amor á las ciencias sagradas; y como ministro celaba la observancia religiosa y ponía particular estudio en hacer florecer más y más la caridad fraterna. No le duró mucho esta vida relativamente descansada, porque al concluir

el curso del año de 30 fué nombrado Vice-Rector del Colegio de Alcalá. Pasó los tres primeros años de este gobierno ejercitando su celo paternal en la formación de la juventud que allí se criaba, y en el ejercicio de los ministerios, hasta que llegó el funestísimo año de 34.

Estaba la estación ardorosa y aún más enardecidos los partidos políticos, y á esto se añade el cólera que devastaba la población española: no podían ser los tiempos más calamitosos y difíciles. Cada día llegaban de Madrid á Alcalá noticias funestas de prisiones, muertes, toda clase de vejaciones contra los religiosos. Temíase no sin fundamento que se reprodujeran en Alcalá las salvajes escenas de la corte. El P. Torroella, sin embargo, parece que no piensa más que en aliviar las necesidades de los pobres apestados: destina para ellos una parte del Colegio y allí se les prodiga toda clase de cuidados espirituales y temporales. Con esta ocasión pudo ver palpablemente el buen Superior el espíritu de caridad que animaba á sus súbditos; porque habiendo dado aviso de que el que se sintiese dispuesto para servir á los apestados lo pidiese por escrito, no faltó uno solo de aquella numerosa comunidad que no se ofreciese á tan heroica obra de caridad. Fueron escogidos solamente cuatro, dejando á los demás con el mérito de su buena disposición, pero sin permitirseles ponerla en práctica, y al mismo P. Torroella hubieron de poner límites los Superiores, para que en bien del Colegio, no se expusiese á los peligros de la peste.

Tras las calamidades dichas envió Dios otro género de trabajos á la comunidad de Alcalá: estalló por aquellos días la guerra civil, y los enemigos de la Compañía comenzaron á esparcir por el vulgo que los Jesuitas suministraban armas á los partidarios de D. Carlos V., que les enviaban municiones por caminos extraviados, y otras invenciones semejantes

1847 que les hacían odiosos á los llamados urbanos. En medio de tales zozobras trascurrió un año, es decir, hasta el mes de Septiembre de 35, en que se dió el decreto de dispersión. El P. Torroella trató ante todo de salvar á los jóvenes: á unos los colocó en casas de mucha confianza, á otros los llevó consigo á una casa alquilada al efecto, y él cuidaba de todos con su conocida caridad; mas esto no pudo durar mucho tiempo: los jóvenes comenzaron á sufrir vejaciones inocentemente hasta ser encarcelados, y los sacerdotes á ser desterrados, y él tuvo que emigrar á Italia.

Quiso el Señor conceder al P. Torroella algunos años de tranquilidad después de una vida tan agitada, para prepararle á otro linaje de trabajos. Después de alguna corta estancia en Roma, fué á Espoleto á preparar su examen *ad gradum*, hizo la tercera probación en Loreto y enseñó por algún tiempo la Teología. En Ferentino vivió 5 años enseñando igualmente la Teología, desempeñando el cargo de examinador sinodal, la Prefectura de espíritu, etc., y aquí recibió el nombramiento de Superior de la misión que partió para la Nueva Granada en Enero de 44.

Conocemos ya los últimos tres años de su vida, y no podemos menos de habernos formado concepto muy aventajado de un Superior que con tanta prudencia satisface los deseos de los amigos, resiste y hasta previene los ataques de los enemigos, sostiene la observancia en circunstancias tan anormales, y como buen general, dirige la batalla como diestro, y lucha como valiente. Era el P. Torroella de estatura procer, y su silencio y seriedad le hacían pasar en concepto de los que no le habían tratado por hombre severo y adusto; mas luego que se le comenzaba á hablar aparecía afable, jovial y dotado de exquisita sensibilidad, y por lo mismo gustaban mucho de su trato personas muy caracterizadas, y el pueblo le amaba por la ingenuidad y sencillez de sus modales.

«Esta pérdida ha sido llorada generalmente, escribía el Internuncio Mons. Savo, y la ciudad ha dado de ella un testimonio nada dudoso en sus exequias. Yo no puedo expresar el sentimiento que me ha causado tanto por la amistad que tenía con el difunto Padre, cuanto por la pérdida que ha hecho la Compañía, y en particular esta misión. Los modales propios de los catalanes no quitaban al P. Torroella ser un hombre completo en virtud y saber».

7)—Mientras el P. Lainez trabajaba con el Gobierno para arreglar los asuntos de las misiones del Caquetá, su compañero el P. Tomás Piquer y el H. Plata trabajaban sin cesar en completar la instrucción cristiana de los de Mocoa y pueblecitos circunvecinos, y á la verdad el Señor bendecía sus esfuerzos. Las costumbres bárbaras iban desapareciendo y quedaba sustituida por la honradez y piedad de los verdaderos fieles. He aquí cómo compendia el P. Piquer los adelantos de sus Indios, en una carta escrita al Superior de la misión, durante la ausencia del P. Lainez: «Los que antes habían conocido á Mocoa dicen ser ya otra por la mudanza total de costumbres. La embriaguez era pública y escandalosa, encontrándose hombres y mujeres en los caminos privados de razón, en el estado más lastimoso, y de aquí se puede inferir los demás excesos y crímenes á que este vicio daba lugar. Ahora todo esto se ha corregido: las tamboras que antes servían para reunirlos en sus bacanales, no se tocan ya sin mi licencia, y yo no la concedo sino para diversiones honestas á las cuales voy yo mismo alguna vez para vigilar y evitar todo exceso. Al principio hubo dificultad para reunirlos á la doctrina; hoy ya ninguno falta sino por enfermedad ó pidiéndome licencia. Hago esta explicación para todos, los jueves y domingos, y los demás días á los niños, de los cuales algunos pasan ya de diez y ocho años. 158 adultos y 60 niños han aprendido no sólo lo necesario

7.—Estación de Mocoa.

1847 para salvarse, sino también cuanto es menester para recibir con buenas disposiciones los santos Sacramentos. En efecto, ya los voy confesando y disponiendo para la comunión: ayer comulgaron 15 indias y un indio, y para el domingo próximo tengo ya preparados otros 19. Así los iré confesando á todos, pues ya puedo hacerlo en Inca, y remito á V. R. un formulario que he compuesto en esta lengua, el cual podrá servir á los que vinieren acá de nuevo. Antes se quedaban sin oír Misa, no cuidaban de traer á bautizar los niños, y la confesión les repugnaba mucho por la indigna conducta de algunos misioneros traficantes; ahora me basta una indicación, y vienen á confesarse con el mayor gusto, traen los niños recién nacidos á recibir el Santo Bautismo y ninguno se excusa de venir á la Iglesia los días festivos y asistir á los divinos oficios. Desde que vine á Mocoa he explicado todos los días el catecismo por espacio de tres cuartos de hora después de celebrar el Santo Sacrificio de la Misa, á la cual asisten todos los de la doctrina, y por espacio de dos meses la explicación ha sido á mañana y tarde. Los jueves, á más de lo dicho, salgo antes de la Misa con los Indios cantando el Rosario por las calles: los sábados reuno en la Iglesia á toda la gente á cantar la Letanía y Salve después de rezado el Rosario: los Domingos, además de los tres cuartos de hora de doctrina, predico en la Misa ó por la tarde, y de todos modos rezo el Rosario ó el Trisagio y hago una lectura con explicación de lo que leo. Mis salidas son á visitar enfermos, ó á impedir males, ó á visitar las obras públicas de común utilidad. Nuestros indios é indias han dejado ya las *chaquiras* (\*) y solo se les vé al cuello rosarios ó medallas. Si para ir á trabajar ó buscar sus alimentos han de faltar algún

(\*) Sartas de cuentas ó dientes de animales, á las cuales va á veces unida alguna superstición.

día á la doctrina, no lo hacen sin pedirme antes licencia.....» 1847

Con tal tesón y constancia trabajaba el P. Piquer en el cultivo de aquellas almas, y porque el culto externo es de imponderable importancia para hacer entrar la fe por los sentidos en aquella gente ruda, se empeñaba también en celebrar las principales solemnidades con todo el aparato que era posible en medio de aquellos desiertos y les hacía tomar parte en el adorno de la Iglesia, en las procesiones y en todo aquello que podía alcanzar su ignorancia. Y bien se dejaba ver que lo único que hacía falta á los Indios de Mocoa eran hombres que llenos del espíritu de Dios se entregasen con apostólico celo á trabajar por su civilización cristiana, que docilidad y suficientes alcances tenían, como pudo verse en el corto espacio de tiempo que pudieron ocuparse en ellos los dos excelentes misioneros.

8)—El P. Lainez ya en conferencias privadas, ya oficialmente y por escrito había dado su informe al Presidente. En el manuscrito firmado por el mismo P. sobresale ante todo el amor que ha cobrado á aquella grey que Dios le ha encomendado y la esperanza que ha concebido del buen éxito de tan apostólica empresa, á pesar de las grandes dificultades que la rodean. Entre estas enumera dos principales á las cuales conviene ante todo poner remedio: tales son la entrada de los mercaderes que penetran hasta sus rancherías (agrupación de chozas) para cazarlos como á fieras y venderlos por esclavos, y los que no llegan á este extremo, á lo menos los vejan y hacen pagar á precios exorbitantes las insignificantes bagatelas que les venden; en segundo lugar lo fragoso de la entrada á las misiones; los ocho días de camino desde Pasto á Mocoa son verdaderamente penosos en toda la extensión de la palabra y capaces de arredrar á los más esforzados, y esto mismo es causa de que se carezca de todo.

8.—Gestiones del P. Lainez con el Gobierno.